

Los discursos públicos*

Gonzalo Portocarrero,

2004

Intentaré dar cuenta de los discursos públicos sobre Sendero Luminoso. Me interesa reconstruir la perspectiva desde la que cada uno de ellos fue articulado, así como la caracterización del senderismo hacia la que tendieron. También me interesa explorar su vigencia en la conciencia de los peruanos. Para ello, a título de ejemplo presentaré mi propio testimonio. Esto es, voy a reconstruir las ambigüedades y los cambios que se fueron dando en mi posición frente a Sendero.

En primer lugar, presentaré los discursos elaborados, respectivamente, por el General Roberto Noel Moral y por el historiador Pablo Macera. El pensamiento de Macera, muy representativo de los sectores intelectuales, está lleno

de dudas y preguntas, se abre hacia el diálogo y no se opone a contrastarse con la realidad. Se divulgó, sobre todo, a través de la prensa escrita, y termina en un desconcierto y desazón frente a Sendero. El pensamiento de Noel es enfático, cerrado a la discusión. Se pretende oficial, y busca desautorizar otros puntos de vista a los que califica de subversivos o ingenuos. Pese a todo, puede convencer y movilizar en la medida en que empata con ciertas ideas y pensamientos, que sin ser aludidos directamente, determinan su capacidad persuasiva. Me estoy refiriendo sobre todo al racismo y, también, a la doctrina contrainsurgente norteamericana. El discurso de Noel fue puesto en práctica por las Fuerzas Armadas a

* Gonzalo Portocarrero, *Razones de sangre, aproximaciones a la violencia política*. Fondo Editorial de La PUCP, 1998 pp.105-129.

través de una represión indiscriminada, que, a la postre, significó el asesinato de miles de personas. Debe notarse que, al margen de todas sus diferencias, los discursos de Macera y de Noel comparten la idea de que el conflicto es inevitable y no tiene otra solución que la guerra. No obstante, mientras que Macera no termina de colocarse en la dinámica del enfrentamiento, Noel reclama una lucha de exterminio contra Sendero.

En segundo lugar presentaré los discursos que se basaron en otras definiciones del conflicto y de sus protagonistas, que adquirieron influencia en años posteriores. Examinaré el discurso elaborado por Mario Vargas Llosa, a propósito de su intervención como Presidente de la Comisión investigadora de los sucesos de Uchuracay. Aquí Sendero es representado como una fuerza irracional, prácticamente incomprensible, que debe ser combatida dentro de la ley, pero sin que ello signifique fiscalizar la acción de las Fuerzas Armadas, haciendo confianza plena en su eficacia y vocación democrática. Los puntos de vista de Vargas Llosa tuvieron una amplia aceptación y significaron a la larga condescender frente a la guerra sucia. Finalmente tenemos otros dos discursos que viniendo del mundo académico tuvieron, sin embargo, una vocación pública, logrando una influencia significativa. Ambos están inspirados en el concepto de violencia estructural y fueron elaborados –respectivamente– por el entonces senador Enrique Bemaes y por el sacerdote Felipe Mac Gregor. Los dos convocaron a entender la insurrección senderista como una respuesta a la desigualdad social, e insistieron en

la justicia y la integración social como única vía hacia una paz duradera.

Por último referiré mi propio testimonio. Después de un breve recuento sobre la trayectoria biográfica que fundamenta mi perspectiva, voy a reconstruir las ambigüedades y los cambios en mi percepción de Sendero. Si testimonio mi posición es por creer que ella está atravesada por los discursos públicos. Trataré de entender mi subjetividad como una encrucijada cultural, como un espacio de encuentro y pugna entre distintas orientaciones.

II

“Terroristas!... Esta noche entraremos a tus casitas, comeremos tus tripitas, beberemos tu sangrecita, cortaremos tus cabecitas y te sacaremos tus ojitos”.

(Canción cantada por las tropas en las calles de Ayacucho).

Noel postula que Sendero Luminoso es un movimiento que reúne a fanáticos, re entidos y oportuni tas, bajo la dirección del comunismo internacional. Como sus probabilidades de éxito son elevadas, porque el pueblo es bueno pero ignorante y manipulable, entonces se hace necesaria una ofensiva de aniquilación en la línea de lo estrategia antisubversiva recomendada por las Fuerzas Armadas Norteamericanas. Este es el meollo de su posición. Pero vayamos más despacio.

Entre las causas con las que Noel da cuenta del fenómeno senderista, hay una que él juzga básica: el complot comunista internacional. “La guerra subversiva fue

concebida por los expertos en la violencia política como el instrumento principal de la guerra revolucionaria al servicio del movimiento comunista internacional... Esa violencia política es practicada por los conductores y ejecutores de la guerra subversiva en pueblos del tercer mundo y experimentada por los partidos comunistas durante el presente siglo en casi todas las naciones de nuestro continente, en respuesta a la estrategia global, permanente y universal del movimiento comunista internacional". Cualquiera podría creer que este fragmento proviene de la introducción a un manual de contrainsurgencia norteamericana de los momentos más beligerantes de la guerra fría. Digamos de principios de los 50. No obstante se trata de las primeras palabras de *Ayacucho: testimonio de un soldado*, obra en la que el General Noel trata de explicar y defender su gestión como el primer responsable militar de la lucha contra Sendero en Ayacucho.¹

El discurso de Noel es taxativo. No hay preguntas, ni dudas, sólo afirmaciones. Para explicar el fenómeno senderista, Noel articula la perspectiva norteamericana sobre el comunismo y la guerra fría, que ha internalizado en profundidad, con una serie de lugares comunes de la mentalidad criolla, conservadora y racista. La idea de la existencia de un complot co-

munista internacional era continuamente publicitada por Estados Unidos. El tercer mundo sería el lugar donde se libra la avanzada de la guerra fría. Un terreno decisivo. Siendo Estados Unidos el líder del "mundo libre", el Perú es uno de sus aliados. No hay conflictos locales, pues todo enfrentamiento se encuadra en la lucha mundial entre los dos sistemas. Fiel a este punto de vista, Noel estará muy atento a las ramificaciones internacionales del senderismo. Nunca terminará de creer que se trata de un movimiento conducido desde el Perú.

En realidad, el discurso de Noel no está dirigido a comprender a los hombres y mujeres que integran Sendero, sino a justificar su rápida aniquilación. Su visión es maniquea: existen el bien y el mal en una lucha permanente. Por su negación de la democracia, por su continuo recurrir a la violencia, el comunismo representa el mal. Sus agentes, gestores e instigadores, están guiados por bajas pasiones. Su propósito es instaurar una dictadura de las que ellos sean los principales beneficiarios. Ahora bien, en el frente comunista se reúnen una serie de elementos, siendo los más importantes los "intelectuales del comunismo sectario", que han predicado, a lo largo de muchos años, en universidades y colegios, sus doctrinas insidiosas y demagógi-

¹ Clemente Noel Moral, *Ayacucho: Testimonio de un soldado*, Publinor, Lima, 1989. Noel dista de estar sólo en este punto. En los primeros años de la insurrección muchos políticos pensaban que los senderistas eran dirigidos desde fuera del país. El presidente Belaunde sospechaba de Cuba, mientras que, más categórico, el diputado del Partido Popular Cristiano, Celso Sotomayor afirmaba: "El terrorismo tiene su origen en un portaviones anclado en el Caribe". Citado por Gustavo Gorriti, *Sendero, historia de la guerra milenaria en el Perú*, Editorial Apoyo, Lima, 1990, p. 131.

cas. El pueblo por su falta de educación les ha hecho caso. Noel piensa que esos intelectuales son gente con muchos deseos de poder y figuración pero que, no habiendo tenido éxito, se han resentido y se dedican entonces a vengar sus fracasos sembrando la sedición y el descontento.

Para Noel el senderismo ha nacido de la educación. O en todo caso de la captura de las instituciones educativas por el comunismo. La estrategia de los comunistas fue concentrarse en los lugares más atrasados, donde la gente pobre e ignorante pudiera servirles como base de apoyo. “La reapertura de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga tiende puente de plata al comunismo sectario peruano, es decir, le brinda la oportunidad de concientización masiva sin costos económicos, la disponibilidad de recursos humanos de incalculable valor potencial y la acción retardada pero segura en el tiempo para la consecución de sus fines” (p. 29). En la narrativa de Noel este grupo logra apoyo de un...importante porcentaje del estudiantado de la zona, catequizado, chantajeado y comprometido por los llamados “educadores revolucionarios” (p. 33). En realidad no se explica cómo así las ideas de izquierda pudieron ser atractivas para los jóvenes. Noel atribuye al comunismo una suerte de eficiencia maligna, similar a la que puedan tener ciertos virus que infiltran el organismo y desatan graves enfermedades. Un cáncer.

Las posiciones de autoridad en el sistema educativo fueron otra conquista decisiva para el éxito inicial de la estrategia comunista. Especialmente en

Ayacucho. “La complacencia con que se observó y permitió las actividades proselitistas en la universidad ayacuchana, y las desviaciones introducidas en los programas académicos, no fue preocupación para autoridad alguna, sino que por el contrario, apoyándose en lo autonomía de la universidad se permitió y facilitó a los intelectuales del comunismo sectario formar los cuadros y activistas que hoy desangran y destruyen el país”. Noel responsabilizó en especial a Efraín Morote Best, pues habría sido en su gestión como Rector que el grupo “proselitista sectario” alcanza una gran influencia. Pero la responsabilidad se extiende también a muchas otras autoridades captadas por la subversión.

Finalmente se tiene a los “agentes encubiertos”, que representan una suerte de “Rama de Agitación y Propaganda” de la “organización sectaria”. Cumplen funciones de primera importancia. Se trata sobre todo de los “falsos periodistas”. “Son los que recibieron con la expropiación de los medios de comunicación social en el Perú la oportunidad de destruir la fe de nuestro pueblo y encaminarla por la senda del odio. Tuvieron a un pueblo noble y desarmado en sus manos y le inocularon el virus de la lucha de clases, formaron en él conciencia revolucionaria destructiva y enfermaron las mentes de quienes hoy conducen nuestra patria a una lucha fratricida” (p. 21). Otra función clave de estos “agentes encubiertos”, es la de proteger al elemento subversivo mediante la obstrucción de las acciones de las Fuerzas Armadas, invocando para ello los derechos humanos. O, también “...separar

a las Fuerzas del Orden de la población, utilizando conocidas artimañas como son la guerra sucia, difusión de crímenes imaginarios, abusos de autoridad, imputaciones sobre violaciones, robos, raptos y otras acciones que la subversión realiza con toda puntualidad en cada campaña de terror que ella ejecuta, pero que difunde como ejecutadas y practicadas por las fuerzas del gobierno” (p.22).

Intelectuales sectarios, estudiantes fanatizados, falsos periodistas. El frente comunista es muy amplio y poderoso. Además, “el tiempo siempre se encontrará a favor de los que conducen la subversión, logrando el avance y la consolidación del conflicto que ellos generan y definen como una guerra de desgaste y de larga duración, conflicto que en un momento les permitirá la toma del poder político, el cambio de las estructuras del Estado y el sometimiento de la población a su única verdad: Gobernar por el terror y conculcar todo signo de libertad” (p. 39). Es claro que Noel está asustado. Como la amenaza es tan grave se necesitarían soluciones tan rápidas como radicales. Noel sugiere la autonomía de las Fuerzas Armadas en las zonas de emergencia, el control de los medios de comunicación a fin de terminar con la influencia de los “falsos periodistas” y, además, la reforma del sistema educativo para impedir que permanezca como el brazo ideológico de la subversión. No obstante, Noel no mencionaría los linea-

mientos que debería adoptar la lucha militar contra Sendero.

Según el Mayor José Fernández Salvatecci,² bajo el comando de Noel se implementaron medidas como las siguientes: desaparición de presos, torturas, acciones de castigo contra la población (masacres), terror selectivo contra familias, dirigentes, periodistas, campañas de desinformación, acciones para desmantelar las organizaciones populares, intentos de instigar la lucha sangrienta entre comunidades, etc. (p. 62). En realidad esta política de represión indiscriminada nunca fue reconocida como tal. Una excepción muy notable son las declaraciones del General Luis Cisneros Vizquerra a la revista *Qué hacer*, cuando anuncia que las Fuerzas Armadas “tendrán que comenzar a matar senderistas y no senderistas, porque esa es la única forma de asegurarse el éxito. Matan a 60 personas y a lo mejor allí hay 3 senderistas, y seguramente la policía dirá que los 60 eran senderistas”. O cuando en la revista *Caretas* dice: “Yo me sentiría ufano de estar sentado en el banquillo de los acusados como pueden estarlo ahora mis colegas argentinos, porque ellos salvaron a su país de la subversión”.

Es claro que el discurso de Noel tiene una cara oculta, pues termina proponiendo una política de represión masiva, aunque esta propuesta no sea explícita. Debemos preguntarnos entonces: ¿cómo

² Mayor. EP(r) José Fernández Salvatecci. Terrorismo y guerra sucia en el Perú, Editorial Fernández Salvatecci, Lima, 1986.

así se legitima la violencia indiscriminada? y ¿por qué se esconde esta posición?

Me parece que la justificación del violentismo emana del racismo oculto y del fondo absolutista del discurso de oel, que en mucho hace recordar las posiciones del propio Abimael Guzmán. Sobre el racismo regresaremos. Respecto al absolutismo puede decirse que ambos discursos, el de Noel y el de Guzmán, definen la lucha como total. El objetivo es la aniquilación del otro. Llámese subversión o reacción. Noel deshumaniza a los senderistas, los percibe como encarnaciones de un principio maligno que debe ser erradicado. No es gratuito que el discurso de Noel abunde en términos médicos. En realidad se presenta la lucha contra Sendero como si fuera una defensa de la salud frente a una maligna enfermedad, una suerte de cáncer. Noel reivindica como lo más lógico del mundo una libertad total para los comandos militares. Deja entrever, sin decirlo explícitamente, que la guerra tiene una lógica que no debe ser obstruida y es incompatible con la democracia y la libertad de información.

Respecto al por qué la política de represión indiscriminada no fue reconocida por las Fuerzas Armadas hay muchas consideraciones que hacer, pero la más importante es la falta de un consenso en el país para legitimarla. Cada vez que un acto terrorista de Estado, o

“exceso”, fue publicitado la opinión pública lo censuró; y reclamó, aunque sin mayor éxito, la sanción respectiva. Habría que añadir además la incoherencia y contrasentido que hubiera significado desconocer, públicamente, esos derechos humanos que la doctrina militar invocaba precisamente como la razón de ser de la superioridad de la democracia sobre el comunismo. Las Fuerzas Armadas no eran del todo conscientes de esta contradicción. Pensaban que la guerra sucia no comprometía su vocación democrática. Sea como fuere, y pese a los continuos rumores que se filtraban desde las zonas militarizadas, las Fuerzas Armadas lucharon contra Sendero, entre 1983 y 1984, como si éste fuera una infección a eliminar lo más rápido posible. Hubo pues una confianza de principio en la violencia. Predominó la idea de que una violencia más grande que la de Sendero podía ser el factor decisivo. Es decir, una violencia concentrada, quizá breve pero sobre todo contundente. Tal era la disposición con que se inició la intervención militar en Ayacucho en diciembre de 1982.³

No obstante las cosas no salieron como fueron calculadas. Las Fuerzas Armadas encontraron una resistencia que no habían previsto. Además, la represión produjo nuevos militantes para la insurrección. Sendero apeló abiertamente a los sentimientos de venganza que dejaba la intervención militar. Los deudos fue-

³ El 27 de diciembre de 1982 Noel declaraba: “el ejército permanecerá sólo dos meses en Ayacucho, tiempo que ha previsto necesario para exterminar los brotes desatados por Sendero Luminoso”. Citado por C. Tapia, *Las Fuerzas Armadas y Sendero Luminoso*, Instituto de Estudios Peruanos, 1997, pp. 32-33.

ron convocados para que se cobraran sus “deudas de sangre”. El violentismo de las Fuerzas Armadas no rindió, pues, los resultados inmediatos que había ofrecido. Y, encima de todo, las victorias militares no se convirtieron en un éxito político que garantizara la permanencia de las manos libres para la represión. En efecto, las críticas contra la guerra sucia fueron recogidas por el gobierno de Alan García, que en el inicio de su mandato, en 1985, forzó a los militares a controlarse. En muchos casos hubo incluso un repliegue de las Fuerzas Armadas entre 1985 y 1987, hecho que permitió a Sendero ganar tiempo y reagrupar sus fuerzas. La derrota de Sendero en las zonas andinas se da cuando los campesinos se alían con las Fuerzas Armadas. Los campesinos, porque rechazan cada vez más el dogmatismo y la violencia de Sendero. Y las Fuerzas Armadas, porque dejan de ver la lucha contra Sendero como la creación de un contraterror implacable. Es decir, comienzan a hacer discriminaciones, dejan de pensar que el tiempo conviene a Sendero. Entonces ya no son sentidos por la población campesina, e incluso urbana, como un ejército de ocupación, como una fuerza colonial.

Los raíces del violentismo de Noel están en la doctrina contrainsurgente y el racismo. El resultado es la deshumanización de los hombres andinos. La

doctrina contrainsurgente fue exportada por Estados Unidos desde principios de los 60. Su rasgo más característico fue que implicó una “legitimación del terrorismo de Estado como un medio para enfrentar el disenso, la subversión y la insurgencia”.⁴ La doctrina fue pensada para situaciones de “guerra no convencional”, donde era necesario enfrentar, en zonas rurales, fuerzas guerrilleras que podían contar con el respaldo o el apoyo pasivo de la población campesina. Además era parte de la estrategia de seguridad de Estados Unidos. “La seguridad del mundo libre puede ser puesta en peligro no sólo por un ataque nuclear, sino también puede ser puesta en peligro en la periferia... por medio de la subversión, la infiltración, la intimidación, la agresión indirecta, la revolución interna, el chantaje diplomático, la guerra de guerrillas o una serie de guerras limitadas”.⁵

En Estados Unidos, la doctrina contrainsurgente, y el entrenamiento militar respectivo, fueron desarrollados por fuerzas especiales dedicadas a la guerra no convencional, es decir, a “la que está más allá del margen de lo permisible bajo las reglas de la guerra”.⁶ Los primeros responsables incluían “veteranos de las fuerzas de apoyo en Burma, China y las Filipinas durante la ocupación japonesa, y en la Europa ocupada”.⁷ En esencia,

⁴ Michael McClintock. “American Doctrine and Counterinsurgent State terror”. En *Western State Terrorism*, edited by Alexander George, Poity Press, Cambridge. 1991, p. 21.

⁵ Mensaje del Presidente Kennedy al Congreso en 1961, citado por McClintock, *op.cit.*, p. 125.

⁶ *Ibid.*, p. 127.

⁷ *Ibid.*, p. 128.

la doctrina contrainsurgente llamaba a que las fuerzas del orden adoptaran lo que ellos percibían como las tácticas de la guerrilla. Es decir, el uso no reconocido de fuerzas de elite en operaciones destinadas a crear un “contraterror” que resultara totalmente disuasivo para la población civil. La idea es que el terror y la violencia son las principales armas de los guerrilleros, y que, como se trata de armas tremendamente efectivas, la única alternativa sería oponerles una violencia y un terror aún mayores. “El terror contrainsurgente fue caracterizado como un medio drástico pero efectivo de detener el terror subversivo”.⁸ El objetivo del contraterror era, pues, asustar a la población civil, a fin de que nadie colaborara con la insurgencia. Ni qué decir que esta doctrina estaba fundamentada en el racismo, pues expresaba una actitud colonial de jerarquía y negación de derechos. Servía para garantizar que “poblaciones ignorantes” no tomaran el camino equivocado del comunismo.

Estas ideas alentaron la guerra sucia: desapariciones, torturas, asesinatos, ensañamiento con la población civil, “escuadrones de la muerte”. La doctrina de la contrainsurgencia fue enseñada a los militares latinoamericanos por sus equivalentes norteamericanos durante muchos años. Recién a partir de los 90 el gobierno de Estados Unidos ha hecho saber a los gobiernos latinoamericanos que esas enseñanzas no representan la política del gobierno norteamericano.

En 1996 se hizo público el contenido de los manuales de contrainsurgencia preparados para los militares latinoamericanos. La noticia apareció en *The New York Times* y es la siguiente:

“Los manuales de entrenamiento usados por la Escuela Especial del Ejército de Estados Unidos para los oficiales militares y policiales de Latinoamérica, en los años 80 recomendaban el chantaje, las amenazas y la tortura en contra los insurgentes, de acuerdo a los documentos hechos públicos por el Pentágono el último viernes.

Los manuales escritos en español y llevando títulos como “Interrogatorios” y “Guerra Revolucionaria e Ideología Comunista”, preconizaban tácticas que el Pentágono dice que violaban los principios de la política americana.

Las tácticas incluían “motivación por el miedo, pago de recompensas por enemigos muertos, falsos encarcelamientos, ejecuciones y el uso del suero de la verdad”, de acuerdo a un reporte secreto sobre los manuales preparado en 1992, pero que fuera sólo recientemente desclasificado.

Los oficiales de inteligencia del ejército compilaron, en 1987, los manuales de los planes de estudio que habían estado en uso desde 1982 en la Escuela de las Américas, una academia militar que se abrió en 1946 en Panamá y se mudó a Fort Benning, Georgia, en 1984.

Se han entrenado cerca de 60,000 oficiales, incluyendo muchos dictadores y líderes militares acusados de abusos de

⁸ *Ibid.*, p. 133.

los derechos humanos. Los graduados de la escuela incluyen a Roberto d'Aubuisson, el líder de las escuadras de la muerte en El Salvador; a 19 soldados salvadoreños ligados al asesinato de seis sacerdotes jesuitas en 1989, y al General Manuel Antonio Noriega de Panamá, ahora encarcelado en Estados Unidos, por tráfico de drogas.

El Pentágono dijo que “cerca de mil copias” de los manuales habían sido usadas en la escuela o distribuidas por las unidades de entrenamiento del Comando Sur del Ejército de Estados Unidos en Colombia, Ecuador, Guatemala y Perú.

Los pasajes objetables —sólo dos docenas de 1100 páginas en seis manuales, dijo el Pentágono— fueron revelados en una investigación interna en 1991. En ese momento, el Pentágono notificó al Congreso, y se hizo público un resumen de los pasajes.

Pero los pasajes específicos permanecieron en secreto hasta que fueron difundidos la noche del viernes, un momento después de los noticias de la noche, cuando las agencias hacen pública información comprometedoras.

El manual titulado “Manejo de los Informantes”, por ejemplo, se refiere a la “Información obtenida involuntariamente de los insurgentes”, y sugiere que los oficiales de inteligencia que tratan con un informante pueden “recurrir al arresto de sus padres, encarcelarlo o darle una golpiza”.

La publicación de los manuales va a intensificar sin duda el largo debate sobre la Escuela de las Américas.

El representante Joseph Kennedy II, demócrata de Massachusetts, quien ha argumentado que la escuela es una reliquia de la guerra fría, dijo que la revelación muestra que “los dólares de los contribuyentes han sido usados para entrenar oficiales militares en ejecuciones, extorsiones, golpizas y otros actos de intimidación —todos claros abusos sobre los derechos humanos que no deberían tener lugar en una sociedad civilizada”.

En su declaración, el Pentágono dijo que el Ejército y el Comando Sur habían empezado una revisión de todo el entrenamiento de inteligencia, y antisubversivo, para asegurarse que los materiales estuvieran en completo acuerdo con la ley”. También defendió la Escuela como “un importante activo estratégico”.

Los manuales estuvieron equivocadamente basados en lo que el Pentágono llamó “viejo material”, que reflejaba la política de los 60 que ha sido descartada.

El Pentágono dijo que destruyó todos los manuales en su posesión —excepto una copia de cada uno mantenida por el Consejo General— después de que los pasajes fueran descubiertos. El Comando Sur del Ejército notificó a los gobiernos de América Latina que “los manuales contienen pasajes que no representaban la política del gobierno de Estados Unidos, de acuerdo a la declaración”.⁹

La confesión del Gobierno Norteamericano, tímida y tardía pero efectiva, viene a confirmar las sospechas de

⁹ Steven Lee Myers. “Old U.S. Army Manuals for Latin American Officers Urged Rights Abuses”. En *The New York Times*, Sunday, september 22, 1996, p. 13.

las fuerzas de izquierda en el sentido de que, debajo de la política pública y oficial de promoción de los derechos humanos, existía una doctrina clandestina que estimulaba a que los militares latinoamericanos asumieran prácticas terroristas. No obstante, aquí debe mencionarse el hecho de que en el Perú la doctrina norteamericana no estaba totalmente alejada de la realidad, puesto que Sendero consideraba al miedo como un instrumento básico para obtener el apoyo de la población campesina. También es claro que el terrorismo contrainsurgente aumentó el violentismo de Sendero.

El epílogo de esta historia es la ley de amnistía de 1995. Que las Fuerzas Armadas defendieran, siempre, a los autores de los excesos es prueba indudable de que estos “excesos” no eran tales, sino que eran parte de una política institucional. La ley de amnistía equivalió a un reconocimiento a posteriori de la legitimidad de la guerra sucia. Hay que decir, sin embargo, que lo mayoría de lo opinión pública se opuso a esta medida.

III

El racismo criollo es la otra vertiente que alimenta el discurso de Noel y los asesinatos masivos de las Fuerzas Armadas. El racismo es un discurso que establece diferencias y

jerarquías entre grupos de seres humanos. Implica negación de derechos para unos y legitimación de privilegios para otros. El racismo criollo es heredero del racismo colonial y supone un sentirse superior frente al indígena o serrano, que es visto como un extraño, como alguien “ignorante, bruto, primitivo”. En esta valoración del hombre andino pueden confluir blancos y mestizos.

La importancia del discurso racista para justificar la violencia represiva no es un hecho evidente. Es un supuesto, algo tácito, a lo que se alude en forma muy indirecta. Por ejemplo, cuando se habla de que el pueblo es “bueno pero ignorante”. Podemos encontrar este racismo en el habla y en el comportamiento de un infante de marina, “Pancho”.¹⁰

Pancho nació en el Callao de padres criollos. Trabajó desde niño como cobrador en micros y con las justas pudo concluir sus estudios secundarios. Fue llamado a la Marina y recibió un entrenamiento que era “...una sacadera de mierda... para que pierdas lo que tienes de civil, te cambian todo lo niña que puedas ser... te vuelves más hombre” (p. 195). A fines del 82 fue enviado a Ayacucho.

Poco después empieza a participar en la represión. “El primer frío fue bravo. Había un sargento que era bien recio. Agarraba y los torturaba. Son fallas que uno comete pero ese pata se pasó. Después nos

¹⁰ El testimonio de Pancho es presentado y analizado en C.I. Degregori y López Riccí. “Los hijos de la guerra. Jóvenes andinos y criollos frente a la violencia política”. En Abelardo Sánchez León (ed.), *Tiempos de ira y amor*, Desco, Lima, 1990.

preguntábamos: ¿cómo le damos vuelta? Lo amarramos a un árbol al cholo, se le rompió el pescuezo y no moría. Un par de tiros terminaron con el cholo... el primer frío, pensaba, nos dio los muñecos pero después pasó. La guerra de hecho te raya. Parece mentira, pero mientras tú estás tumbándote gente le vas agarrando el gusto, te llega a gustar, te va vacilando y eso es cagado ... yo también hacía trata-miento ... los colgaba ... También te digo que tú te metes con una chola y se queda contigo. Es que quizá como uno es criollo ellas lo verán distinto. Para ser sincero para mí el cholo es como el animal... lo hace y luego se duerme" (p. 204).

"Un día estuvimos de patrulla alrededor de 15 días. El jefe de la patrulla era un completo patán... Un día nos dieron una chola para que le demos curso. Pucha y ahora, ¿por dónde? Buscamos y encontramos una choza deshabitada pero con todas sus comodidades, muebles, televisor. Es que era zona de narcos. Nos instalamos, y ahí todos pasaron con la bre chola. Me acuerdo que po previamente los patas la vistieron bien con su vestidito y todo, la pusieron bien a la chola. Me acuerdo también que el jefe de la patrulla no quería que la tocásemos y yo le repliqué: 'Tú estás bien cojudo. La orden ya está dada, hay que darle curso a esta chola y nada más'. Me acuerdo que decía: 'yo soy virgen, yo soy virgen'. ¡Fuera de acá, chola! Por supuesto que no era virgen. Aquí uno aprende a ser mierda. Después los chibolos la tenían como a un yo-yo. Ya después le dimos curso" (p. 205).

"Tú piensas, pues, 'ta que nos estamos matando entre peruanos, estamos tumban-

do a nuestra gente. Pero qué hacemos pues compadre, nos van a tumbar a nosotros, ni modo. Es una ideología que ellos tienen, pues, no saben lo que es la democracia. Ello lo único que saben es comunismo y Sendero Luminoso, nada más" (p. 205).

"El periodismo es una arma de doble filo, porque esta es una guerra no convencional, es una guerra no declarada, es una guerra sucia por tanto. ¿Me entiendes? Siempre es así la guerra de guerrillas, métetelo en la cabeza, en todas partes del mundo es una guerra sucia en la que vale todo".

En Ayacucho, Pancho se siente un ex-traño. En su testimonio es visible cómo el racismo facilita la aplicación de los planteamientos doctrinarios de la guerra antisubversiva. Para Pancho, "darle curso" a una chola o un cholo no es tanto problema porque no es alguien que sea como él. Es diferente e inferior. No se identifica, no hay un sentimiento de solidaridad. "Se distancia de los otros —cholos, mujeres, 'terrucos'— para poder ejercer violencia sobre ellos", dicen Degregori y López Ricci (p. 208). Pero también tiene que notarse que el planteamiento de la guerra antisubversiva acentúa el racismo, pues el enemigo es presentado como alguien maligno que debe ser destruido.

Degregori y López Ricci señalan con toda razón una diferencia fundamental entre el violentismo de las Fuerzas Armadas y el de Sendero. En el caso de Sendero hay un culto a la violencia "que permite matar fríamente en nombre de una utopía". Pancho, en cambio, no tiene una buena conciencia. Puede matar, y hasta con placer, pero no siente el entusiasmo de estar creando algo nuevo y

hermoso. No es un fanático. No se cree del todo lo que le han dicho sus superiores, es decir que está matando por la democracia. Tiene problemas de conciencia. Cree que lo persiguen por 105 crímenes que cometió.

IV

El discurso de Pablo Macera tuvo mucha acogida en la prensa escrita. Historiador muy prestigiado, Macera representaba, a inicios de los 80, una perspectiva que quería ser lúcida y moral. En un contexto de falta de información y ausencia de interpretaciones, Macera razonó el fenómeno senderista a partir del factor histórico y desde la tradición ilustrada de las clases medias intelectuales. Sus puntos de vista, vertidos en entrevistas muy amplias e intensas, eran largamente esperados y comentados por sectores de centro y de izquierda.

Para Macera el problema básico del Perú es la pervivencia de un orden colonial. El abuso cotidiano contra el mundo andino significa que la conquista y la dominación se reproducen hasta nuestros días. En última instancia, hoy dos bandos en el país: los Pizarro y los anti Pizarro. "Tú, José María Salcedo; —yo, Pablo Macera, Manuel Ulloa, Armando Villanueva, Fernando Belaunde y otros más, abajo y arriba somos Pizarro. El anti Pizarro es el hombre que muere de cáncer o de hambre, o lo violan y se pudre

de sífilis anal, ya sin tiempo para vencer a los Pizarro. Somos Pizarro"¹¹ (p. 254). Este orden de base colonial es radicalmente injusto. De ahí el resentimiento. "El Perú es un país resentido. Sus pobladores no solamente son sino yo diría que deben ser todavía gente resentida. Porque el resentimiento ocurre cada vez que hay un agravio que tú no puedes vengar.... Este es un país con agravios apagados, refluados, detenidos, sin resolución y sin venganza, y que deben ser vengados y resueltos" (pp. 252-253).

En un contexto de tanto sufrimiento e injusticia, en esta sociedad enferma "... la conciencia consiste en sentirse mal. La salud es una forma de adaptación incorrecta. Quien se siente feliz en el Perú es un miserable" (p. 133). Queda así planteada una división de los peruanos. Todos los anti Pizarros, que son la mayoría, sufren de la pobreza y la opresión, pero tienen también la esperanza de un cambio radical. Y entre los Pizarros están, de un lado, los miserables, los que no se solidarizan y defienden el orden injusto; y, del otro, los que se sienten culpables y se prohíben la felicidad, los que quisieran ser críticos pero no dejan de estar hipotecados a la sociedad que condenan".

"Sendero Luminoso representa un levantamiento de los pueblos andinos... estoy convencido de que las gentes de Sendero Luminoso son gente que, sabiéndolo a no —esto es un problema aparte— están conectados con un movimiento mesiánico, milenarista, andino,

¹¹ Pablo Macera. *Los furias y las penas*, Mosca Azul Editores, Lima, 1983.

que se ha venido repitiendo y reiterando y fracasando desde el siglo XVI en adelante, y sospecho que desde antes..." (p. 232). Encontramos aquí, pues, el meollo de la llamada "utopía andina". Idea más tarde desarrollada por Alberto Flores Galindo y Manuel Burga. Sendero sería entonces un movimiento nativista de liberación, que estaría siendo capaz de articular las resentimientos de las mayorías contra la injusta dominación de los elites. "A mí me parece que aquí se ha venido desarrollando una excesiva confianza en la moderación del pueblo peruano. Una moderación que estaba referida fundamentalmente a las clases populares tradicionales de las ciudades costeñas del Perú, pero que no estaba presente, ni con mucho, en las masas rurales desde la época colonial, y durante el siglo diecinueve a veinte, cuya historia de lucha es sumamente dura... Lo que creo es que, sin que haya un recuerdo perfecto de las causas históricas concretas del resentimiento social, ese resentimiento se ha experimentado y puede ser un dinamitazo en el país... Va a involucrar a todos los grupos sociales del país. Y no va a ser una guerra breve. Va a ser una larga y cansada guerra civil" (p. 288). Si se tiene en cuenta que las frases anteriores fueron dichas en agosto de 1982, cuando la violencia apenas asomaba, se tiene que concluir que Macera no estaba totalmente desencaminado.

Macera compara su posición frente a Sendero con la que, en su momento, a fines del XVIII sostuvo Baquijano y Carrillo respecto a la rebelión de Túpac Amaru. Se siente como un criollo ilus-

trado que no se identifica ni con la autoridad, ni tampoco con la rebelión anticolonial. No obstante piensa que hay algo en la acción de Sendero que se le escapa, que no acaba de entender: "existen elementos incomprensibles. Me parece que la clase de lucha que está desempeñando lo está llevando a una confrontación con elementos populares del sistema policial, lo cual deploro profundamente". En 1982, Macera no quiere condenar a Sendero Luminoso y expresa "mi admiración por gente como los de Sendero Luminoso" (p. 231).

El discurso de Macera de inicios de los 80 terminó, pues, deseoso de diálogo, consciente de que era incompleto, en una crispada indecisión. Colocándose de perfil, como espectador, en la confrontación

Fuerzas Armadas Sendero Luminoso. Pero no se trata de una posición cómoda, sino desgarrada. Por un lado, asigna a Sendero la representación de los postergados, de sus resentimientos, percibiéndolo como un movimiento milenarista, que resulta de la injusticia de los Pizarro y la esperanza de los anti Pizarro. Pero, por el otro, no entiende, ni justifica, la creciente violencia, ni tampoco cree en el éxito final del movimiento. Se instaura entonces un ánimo pesimista. Un conflicto inevitable, una guerra sin término a la vista.

La posición de Macera tiene raíces históricas muy profundas. En última instancia se remonta al cuestionamiento que hicieron algunos conquistadores, y sobre todo sectores de la Iglesia Católica, del orden colonial como representando la antítesis del evangelio. En efecto, en

el mundo colonial, el abuso cotidiano contradice abiertamente la legitimación religiosa del dominio español. Esta desarmonía es sentida como culpa y responsabilidad por muchos dentro de las élites in-telectuales. Tratar de superarla es una de las motivaciones que lleva al surgimiento de vocaciones contestatarias y destinos alternativos entre los hijos del orden. También contribuye a la eclosión del indigenismo y a la reivindicación de lo andino.¹² Pero se trata de una posición que puede ser muy conflictiva pues, como lo sugiere Eloy Neira, Macera se percibe a sí mismo como un señor, como un heredero de Pizarro, como cómplice y beneficiario de una injusticia; que está colocado, además, en una situación trágica, sin salida satisfactoria. En efecto, frente a la rebelión de los de abajo ya no cabe la posición del “buen señor”, que ayuda a los pobres. Y, de otro lado, la alternativa de entrelazar el propio destino con los que sufren es personalmente muy costosa, y no es tampoco garantía de justicia, puesto que el movimiento está impulsado por el resentimiento. Queda entonces la lucidez y el desgarramiento. Y frente a Sendero una suerte de condescendencia. Pues aunque sus métodos fueron cuestionables, su causa era reputada como justa. Me pare-

ce que muy influidos por sus fantasmas, Macera y los sectores intelectuales que expresa, no advirtieron suficientemente el violentismo de Sendero y sobrestimaron su ligazón con el mundo andino. En todo caso es claro que de su discurso se derivaba un desconcierto que fue característico de muchos en la izquierda, y que estaba basado más en un rechazo del injusto orden social que en un reconocimiento de las principios del actuar senderista.

Desde la perspectiva del General Noel, Macera sería un agente encubierto del senderismo, o cuanto menos, “un compañero de ruta o un tonto útil” a la causa subversiva. Para Macera, en cambio, Noel representaría uno de esos Pizarros inconscientes que, con la violencia y el terror, quiere continuar con la conquista en pleno siglo XX. No obstante, si profundizamos el análisis podremos darnos cuenta que hay algo común entre Noel y Macera. Y eso en común es la definición del conflicto como irresoluble por otros medios que no sean la violencia. Los comunistas nunca van a cejar en su complot, piensa Noel. Los indios y cholos están justamente resentidos y la clase dominante peruana es ciega, frívola, incapaz de las reformas que integrarían al país, piensa Macera.

¹² He trabajado la idea de la culpa en “Los fantasmas de la clase media” y en “Castigo sin culpa y culpa sin castigo”, *Racismo y mestizaje*, Sur, Lima, 1993. Sostengo la hipótesis de que la distancia entre la enseñanza evangélica y el abuso sobre el indio engendró entre la gente más sensible de las clases privilegiadas una mala conciencia. El niño aprende que debe amar a su prójimo, pero encuentra que en su propio hogar la servidumbre indígena es maltratada, con frecuencia en forma gratuita y sádica; que vive, por tanto, en un mundo dominado por la fuerza y el abuso. Y beneficiarse de ese mundo, heredarlo, significa aprender a ser insensible, no cuestionarse, no pensar; poder también abusar, en última instancia.

V

A la larga los discursos de Macera y Noel no tuvieron una acogida tan significativa en la opinión pública. Terminó siendo más influyente la posición de Vargas Llosa, tal como ella fue sustentada en el célebre informe sobre las sucesos de Uchuraccay. Como se recordará, el 26 de enero de 1983, a poco menos de un mes de iniciada la intervención militar en Ayacucho, ocho periodistas fueron asesinados por campesinos que pensaron que eran foráneos peligrosos. En realidad los periodistas buscaban información directa sobre el asesinato de jóvenes militantes senderistas por acción de comuneros de Iquicha. Los comuneros, alentados por las fuerzas policiales, estaban dispuestos a seguir combatiendo a los senderistas, pero vivían en la zozobra, esperando una venganza. De otro lado, la política contrainsurgente exigía “sellar” la zona, impedir la presencia de los medios de comunicación que pudieran fiscalizar la acción de las Fuerzas Armadas. La guerra sucia no debería trascender al gran público. Para llegar a este resultado la política fue sencilla y exitosa. No se da escolta policial a los periodistas, se les

niega cualquier facilidad, a la par que se advierte a los campesinos dispuestos a colaborar con los Fuerzas Armados que cualquier extraño es peligroso y que puede ser ajusticiado sin temor. La tragedia no tendría que demorar mucho. En todo caso el asesinato de los periodistas tuvo el efecto de sellar las zonas de conflicto a la prensa independiente. La guerra sucia podía ser implementada a discreción. En adelante, de las zonas en conflicto, no se dispuso de otra información que no fuera la proporcionada por las Fuerzas Armadas. De esta manera se cumplió la condición básica de la política contrainsurgente. La violencia podía radicalizarse y nadie, fuera de la zona del conflicto, tendría por qué enterarse o, al menos, no habría posibilidad de corroborar la veracidad de las denuncias que pudieran efectuarse.¹³

Los sucesos aparecieron, sin embargo, muy confusos en los medios de comunicación. Noel culpó a los periodistas de su propia muerte, pues sostuvo que habían agitado un trapo rojo ante los comuneros y que se dieron a conocer como senderistas. La moraleja de la historia oficial es que ellos habían buscado su muerte. En realidad Noel culpaba a los periodistas de cooperar con Sendero, pues la

¹³ En realidad muchos militares no podían entender que la opinión pública no los respaldara incondicionalmente. Tampoco comprendían que la prensa quisiera fiscalizarlos. Sentían que teniendo que arriesgar la propia vida en contra de enemigos fanatizados que estaban dispuestos a matar y o morir alegremente, lo menos que podían exigir era solidaridad. Muchas veces reaccionaban con amargura y rencor contra la gente que desde sus escritorios les predicaba respeto a los derechos humanos, cuando eran ellos los que exponían, a cambio de míseros salarios, su vida. Este punto de vista es sin duda comprensible. Sin embargo de ninguna manera puede justificar las violaciones y los asesinatos masivos.

información que difundirían no ayudaría a crear los supuestos de la guerra contrain-surgente. En todo caso la versión de Noel fue recibida como un agravio a la inteligencia pública. De otro lado, las fuerzas de izquierda, sentimentalmente identificadas con los campesinos, y muy críticas de las Fuerzas Armadas, no querían aceptar que los comuneros fueran los autores del ase-

sinato de los periodistas. Imaginaron la presencia de paramilitares dirigiendo la masacre. Entre las especulaciones de la izquierda y el descaro de la versión oficial, la discusión parecía no tener fin. Para esclarecer los hechos, y despejar las dudas, el gobierno de Belaunde convocó a una comisión del más alto nivel, presidida por Mario Vargas Llosa.¹⁴

¹⁴

La Comisión estaba presidida por Mario Vargas Llosa e integrada por Abraham Guzmán Figueroa y Mario Castro Arenas. Tenía como asesores a prestigiosos intelectuales: Juan Ossio, Fernando Fuenzalida, Luis Millones, Max Hernández y Fernando de Trazegnies.